

HOMERO Y SVETLANA:

LOS RELATOS SOBRE LA GUERRA

CARLOS MEDINA CARACHEO

RESUMEN

Este artículo aborda los relatos de la guerra de Homero y Svetlana Alexiévich hacer una reflexión sobre los costos humanos de la guerra: el dolor que deja entre los combatientes, víctimas y victimarios de manera simultánea. La literatura y la historia nos enseñan, aunque las más de las veces no lo entendemos, que la guerra nos afecta a todos, independientemente del bando en el cual nos encontremos.

Palabras clave

Relato, guerra, guerra de Troya, guerra de Afganistán, soldados, jóvenes, víctimas, dolor, hijos, padres, madres.

ABSTRACT

This article, on the war stories by Homer and Svetlana Alexievich, aims to reflect on the human costs of war: the pain it leaves among the combatants, victims, and perpetrators simultaneously. Literature and history teach us, although most of the time we do not understand it, that war affects us all, regardless of the side on which we find ourselves.

Keywords: Story, war, Trojan war, war in Afghanistan, soldiers, youth, victims, pain, children, fathers, mothers.



CARLOS MEDINA CARACHEO

Es licenciado en Historia por la Facultad de Estudios Superiores (FES) Acatlán y maestro en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), ambas de la UNAM. Es profesor titular B definitivo en el plantel Naucalpan del CCH, donde imparte las asignaturas de Historia Universal Moderna y Contemporánea.

De acuerdo con Mario Vargas Llosa, a diferencia de la ciencia y la técnica, la literatura, es, ha sido y seguirá siendo, mientras exista, uno de esos denominadores comunes de la experiencia humana, gracias al cual los seres vivientes se reconocen y dialogan, no importa cual distintas sean sus ocupaciones y designios vitales, las geografías y las circunstancias en que se hallen, e, incluso, los tiempos históricos que determinen su horizonte (Vargas, 2016: 12).

Los relatos sobre la guerra —que forman parte de la literatura— son denominadores comunes de la experiencia humana a través de los siglos, así como la guerra en sí misma. De algunos de esos relatos, y sus creadores, Homero y Svetlana Alexiévich, hablaré a continuación.

Algunos autores ubicaban a Homero en el siglo IX a. de C., o XII a. de C., cuando supuestamente se llevó a cabo la guerra de Troya que él relata en la *Iliada*. Nada se sabe con certeza de Homero y de aquella guerra, en esa época quienes sabían leer lo hicieron a partir de él, desde Anatolia hasta India, ser griego se relacionaba con el conocimiento de Homero. En el mundo helenístico, la cultura de los conquistadores se resumía en la lengua, el teatro, el gimnasio, los juegos atléticos y Homero.

Los papiros desenterrados en Egipto confirman que la *Iliada* fue el libro griego más leído en la antigüedad. Se han encontrado en los sarcófagos de momias greco-

egipcias pasajes de los poemas homéricos. Alejandro Magno buscó inspiración en la *Iliada* durante su campaña militar (Vallejo, 2021: pp. 89-90).

De la guerra de Troya también quedaron vestigios de su recuerdo e influencia con el paso del tiempo. Al respecto Filipo de Macedonia, padre de Alejandro Magno, que vivió en el siglo IV, fue enterrado con diversos artículos exquisitamente refinados: varias cabezas de Medusa, un peto de cuero recubierto de oro, jarras de vino elaboradas en plata y una armadura decorada con imágenes del sitio de Troya. Li Xian, un gobernante chino de mediados del siglo VI d. C., fue enterrado con un jarrón en el que puede verse el caballo de Troya (Hughes, 2018: 95-344).

La *Iliada* narra la historia de un héroe obsesionado por la fama y el honor: Aquiles, por lo cual, decide embarcarse hacia Troya. En la guerra, los jóvenes mueren y los padres sobreviven a sus hijos. Una noche, Príamo rey de Troya se aventura hasta el campamento enemigo, para rogar que le devuelvan el cadáver de su hijo (Héctor) con el fin de enterrarlo. Aquiles (Aquileo), el asesino, se compadece del viejo y, ante la imagen de dolorida dignidad del anciano, recuerda a su propio padre, a quien tal vez no volverá a ver. Cómo lo señala acertadamente Irene Vallejo:

Es un momento conmovedor, en el que el vencedor y el vencido lloran juntos y comparten sus certezas: el derecho a sepultar a los muertos, la universalidad del duelo y la belleza extraña de esos

Los **relatos sobre la guerra** —que forman parte de la literatura— son denominadores comunes de la **experiencia humana** a través de los siglos, así como la guerra en sí misma.

La *Ilíada* narra la **historia de** un héroe obsesionado por la fama y el honor: **Aquiles**.

destellos de humanidad que iluminan momentáneamente la catástrofe de la guerra” (Vallejo, 2021: 91).

Sin embargo, como en toda guerra, los bienes materiales, las riquezas, desempeñarán un papel importante, sino es que el principal. Y a partir de eso, los implicados serán tratados de forma diversa, ya que Príamo pagará por el rescate del cadáver de su hijo.

Condense (Homero, 2019, pp. 455-460) una parte de ese diálogo, donde, como en toda la obra, Homero da voz a los implicados en la guerra:

¿Cómo osaste a las naves de los aqueos venir solo,
a los ojos de un hombre, de mí, que a ti muchos y bravos
hijos te maté? Corazón tú tienes de fierro.
Pero, ea, siéntate en una silla; los dolores, empero,
en el alma yacer dejemos, aun estando afligidos...
Y le respondió entonces el viejo Príamo deiforme:
No me sientes en una silla, crío de Zeus, mientras que Héctor yace insepulto en tus tiendas: pero, cuanto antes,
suéltalo, y con mis ojos lo vea, y recibe tú los rescates,
muchos, que te traemos, y que tú de ellos goces...
Y el Pelida, como un león, de la casa salió hacia las puertas,
no solo; a una con él, dos sirvientes siguieron...
y de la bien pulida carreta

sacaron, de la hectórea cabeza, los infinitos rescates.

Y dos mantos dejaron y, bien hilada, una túnica,

porque, envuelto el cadáver, a su casa a llevar lo donara.

Tú hijo se te ha soltado, viejo, como mandabas,

y yace en sus lechos; a una con la aurora surgente

lo verás tú mismo, al guiarlo...

Pero, ea, esto dime, y cuéntalo verídicamente:

cuántos días deseas hacer exequias a Héctor divino,

porque hasta entonces yo mismo me quede, y al pueblo contenga

Y le respondió entonces el viejo Príamo deiforme:

Si en verdad quieres que cumpla el funeral para Héctor divino, actuando así lo agradable obrarás, Aquileo.

Pues sabes que en la urbe estamos cercados, y lejos, la leña

para traerla del monte, y mucho los troyanos te temen.

Nueve días en los palacios le haríamos llanto,

y el décimo le enterraríamos y banquetearía el pueblo,

y el undécimo una tumba sobre aquel mismo haríamos,

y el duodécimo guerrearíamos, si es necesario

Y a su vez le dijo el guardado por sus pies divo Aquileo:

Y esto será para ti, viejo Príamo, como tú mandas;

pues la guerra tanto tiempo detendré, cuanto has ordenado.

Svetlana Alexiévich, Premio Nobel de Literatura en 2015, estuvo unos días en Afganistán. De esa experiencia y de los diálogos que entabló con varias personas involucradas en esa guerra (capitanes, tenientes, sargentos, jefes de unidad, madres y padres de soldados caídos en el combate, soldados, enfermeras, viudas) extrae el material para su obra *Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la guerra de Afganistán*.

Este conflicto surge en el contexto de la Guerra Fría, contienda en la que chocaron los intereses de las potencias hegemónicas al terminar la Segunda Guerra Mundial: los Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Estas naciones, siempre se enfrentaron de manera indirecta, apoyando a los grupos rivales afines en el interior de un Estados afines a sus grupos.

En 1973, el rey de Afganistán fue derrocado por su sobrino Mohammed Daud, que se autoproclamó presidente. Cinco años después fue depuesto. Los comunistas que ocuparon su lugar intentaron modernizar el país alfabetización, derechos a las mujeres, seguridad laboral. Estas reformas produjeron una respuesta furiosa entre los clérigos musulmanes que hicieron causa común con tradicionalistas, terratenientes y líderes tribales para proteger sus intereses.

En septiembre de 1979, la destitución, y posterior muerte, del presidente Nur Muhammad Taraki, llevó al poder a primer ministro Jafizulá Amín. Moscú lo denunció como aliado de los estadounidenses, con cuyo jefe de legación se habría reunido en frecuentes ocasiones antes del golpe de Estado. En diciembre de ese mismo año, las fuerzas soviéticas cruzaron la

frontera de Afganistán (Frankopan, 2020: 524-528).

Más de dos milenios después de Homero, Alexiévich habla con la madre de un combatiente en la guerra de Afganistán. En contraste con Príamo, ella no tenía que pagar por el rescate del cadáver de su hijo; pero sí era factible, aunque no pudo, pagar por la vida de éste. La guerra mantiene o desaparece, las diferencias entre los recursos económicos de las personas. La madre relata el dolor por la muerte de su hijo, así como el de otras mujeres que sufrieron una pérdida similar, convirtiendo de este modo el diálogo en un relato polifónico, que caracteriza la obra de la escritora (Alexiévich, 2016: 179-183).



La guerra mantiene, en otras desaparece, las diferencias entre los recursos económicos de las personas”.

Di a luz a gemelos, dos niños... Pero solo sobrevivió uno...

Hasta los dieciocho, hasta que cumplió la mayoría de edad, hasta que recibió la llamada a las filas, los dos habíamos estado siempre registrados en la institución médica de protección a la maternidad. ¿Acaso le parece el perfil de soldado que necesitaban en Afganistán? Tenía razón mi vecina al reprocharme: “¡Haber buscado

los dos mil rublos para el soborno! Algunos lo hicieron y salvaron a sus hijos. Y al mío lo enviaron en su lugar...

—No estás preparado, Kolia. Pediré que no te envíen.

—Mamá, no hagas ninguna gestión, no te humilles...

Aun así, logré que me recibiera el comandante del batallón. Le pedí:

—Es mi único... Si le pasa alguna cosa, no sobreviviré...

En sus poemas, **Homero** representaba al **mundo aristocrático**, sin ponerlo en entredicho, pero **captando los claroscuros de sus historias.**

—Diríjase a la oficina de reclutamiento que le corresponde...

El jefe era el camarada Grachiov. Estaba sentado, hablando por teléfono. Yo esperé de pie.

—¿Qué quiere?

Se lo expliqué. Sonó el teléfono.

El descolgó y me dijo:

—No firmaré ningún papel.

Supliqué, me puse de rodillas.

Intenté besar

las manos.

—Pero es mi único hijo...

—Ni siquiera se levantó de la mesa...

Pasaron cuatro meses. Les hicieron una preparación intensiva de tres meses, mi hijo ya me escribía desde Afganistán. Solo cuatro meses... Solo un verano...

Un día, por la mañana, yo salía de casa para ir al trabajo... Bajaba las escaleras, ellos subían... Eran tres militares y una mujer. Los militares iban por delante, todos con la visera bajo el brazo izquierdo doblado. No sé de dónde lo había sacado, pero yo ya sabía que eso era señal de luto... Entonces corrí escaleras arriba en vez de bajar. Ellos se dieron cuenta de que era la madre. Se precipitaron hacia arriba... Me escondí en el dormitorio. Ellos me siguieron...

Y uno de ellos era precisamente el camarada Grachiov... Mientras todavía me quedaron fuerzas, me abalancé sobre él hecha una fiera, gritándole:

— ¡Usted está cubierto de su sangre!
¡Usted está cubierto de su sangre!

Un año después empecé a sentir ganas de estar con gente... Nos conocíamos del cementerio, junto a las tumbas... Siempre hablábamos de lo mismo... De nuestros hijos...

—Si un helicóptero estalla, recogen los pedazos. Encuentran un brazo, una pierna... Los reconocen por los relojes... Por los calcetines...

—Nuestro ataúd estuvo dos horas en el patio... Trajeron el sarcófago: un ataúd de madera y por fuera otro, de zinc...

—Al mío tardaron dieciocho días en traerlo aquí... Primero reúnen a varios para llenar el avión... El “tulipán negro”...

—No me devolvieron ni una sola cosa suya, Cualquier cosa, algo para recordarle...

—Menos mal que los ataúdes están sellados... Así no hemos tenido que ver lo que les hicieron a nuestros hijos. Yo al mío lo recuerdo vivo. Entero.

¿Cuánto más viviremos? Con este dolor en el alma no se puede vivir una vida larga. Ni con estas ofensas...

Hoy iré a ver a mi hijito... Veré a mis amigas. Los hombres combaten en la guerra, y las mujeres lo hacemos después... Nosotras combatimos después de la guerra.

En sus poemas, Homero representaba al mundo aristocrático sin ponerlo en entredicho, pero captando los claroscuros de sus historias. En ellos, reconocemos una mentalidad y unos conflictos no tan lejanos a los nuestros (Vallejo, 2019: 91). En sus relatos, Alexiévich nos deja escuchar las voces de los que se oponen a la guerra y sus horrores, así como las de los que es-

La escritora nos remonta a ese tiempo antiguo, a ese relato épico, del cual **Homero** fue el gran maestro, pero quien nos recuerda que **“nadie está que la guerra y la ruina lo aparte”**.

tán convencidos de haber cumplido con su deber.

Un grupo de madres de los llamados soldados internacionalistas caídos en Afganistán inició un proceso contra la escritora por la publicación de fragmentos de su libro en las páginas de un periódico. El juzgado popular del distrito Central de la ciudad de Minsk (capital de Bielorrusia) lo admitió.

En su testimonio de defensa, Svetlana Alexiévich señala lo siguiente:

Yo he venido para hablar con las madres. Para pedir su perdón por el hecho de que no se puede llegar a la verdad sin el dolor. Sigo haciéndome la misma pregunta que está en mi libro: “¿Quiénes somos? ¿Por qué nos dejamos hacer de todo?”. Devolverle a una madre un ataúd de zinc y a continuación convencerla para que demande al escritor que ha descrito cómo ella no pudo siquiera darle a su hijo un último beso y cómo abrazaba, acariciaba, el ataúd de zinc...

¿Quiénes somos?

Nos inculcaron, nos metieron a nivel genético, el amor hacia el hombre armado. Crecimos amparados por la guerra, incluso los que nacieron varias décadas después de la guerra...

No hay manera de quitarles impunemente a los hombres su juguete favorito... Su juguete más adorado: la guerra. Ese mito... Ese instinto antiguo... (Alexiévich, 2016: 263-308).

La guerra es una constante en la historia de la humanidad. La escritora nos remonta a ese tiempo antiguo, a ese relato épico, del cual Homero fue el gran maestro, pero quien nos recuerda que “nadie está que la guerra y la ruina lo aparte” (Homero, 2019: 455). Porque las víctimas de ella podemos ser todos en cualquier momento. Los relatos sobre la guerra no deben servirnos exclusivamente para mantenerla en la memoria, es para que esa memoria, ese recuerdo en particular, nos lleve a asumir una postura frente a ella. Una postura que bien puede partir de una convicción que comparto con la autora, como profesor de historia universal que aborda constantemente el tema de la guerra: “Pero yo odio la guerra, odio la idea en sí de que una persona tiene algún derecho sobre la vida de otra” (Alexiévich, 2016: 263-308).

REFERENCIAS

- Alexiévich, S. (2016). *Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la guerra de Afganistán*. Debate.
- Frankopan, P. (2020). *Las rutas de la seda. Una nueva historia universal*. Crítica.
- Homero (2019). *Iliada*.
- Hughes, B. (2018). *Estambul. La ciudad de los tres nombres*. Crítica.
- Vallejo, I. (2021). *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*. Siruela.
- Vargas, M. (2016). *Elogio de la educación*. Taurus.